

do, y á María reparadora de su sexo; porque la mujer, la madre, la esposa es el alma de la familia, como la familia es el alma de la sociedad: el estado de la primera es el termómetro moral del mundo.

CAPÍTULO X.

Continuacion del precedente. — Estado de la infancia.

Si insiguiendo en nuestras investigaciones alzamos el velo que cubre el estado de la infancia en el Celeste Imperio, es dudoso que nuestras miradas cristianas puedan sufrir semejante espectáculo. El corazón se indigna y se enternece á la vez; nos falta la palabra, y la pluma se nos cae de las manos. Probemos con todo de reunir los dispersos rasgos de un cuadro poco conocido. Es preciso, porque lo es que aprendamos de una vez á tributar un sincero homenaje á la Divinidad, á la caridad de la Religion que nos ha librado, á nosotros, hijos de Europa, y que nos preserva de los increíbles horrores que se cometen cada día en aquellos apartados países.

Como todos los pueblos antiguos, cuya ley suprema era el despotismo, los chinos se creen dueños absolutos de sus hijos. En consecuencia, los venden, hijos ó hijas, como si fuesen animales¹. Sin embargo, la hija siente con mayor rigor aquí, como en todas partes, el peso del despotismo paternal. «Llegado que hubimos al pueblo de Amoy, dice un viajero, fuimos sorprendidos con el espectáculo de un recién nacido que habia sido expuesto á la muerte; y como preguntásemos qué significaba semejante espectáculo, se nos contestó friamente: «Es una niña.» La costumbre de ahogar á las niñas es general, y se practica sin el menor sentimiento de piedad, y á veces riendo. Preguntar á un hombre de alguna distincion, si tiene niñas, es una descortesía. Ninguna ley castiga la muerte de los hijos por mano del padre, porque este es dueño absoluto de cuanto nace de él². Lo que es mas espantoso aun, añade un antiguo misionero, es que tanto las mujeres

¹ *Relacion del P. Navarrete*, lib. I, c. 20, pág. 47.

² Gutzlaff, *Journal of the voyages along the coast of China*, etc., pág. 142. Id. a *Sketch of chinese history*, pág. 46.

«ricas como pobres ahogan sus hijas, no bien las han dado á luz, «metiéndolas en un gran vaso destinado á este objeto: á veces las «dejan perecer de hambre. Calcúlase en diez mil el número de «niñas que esta bárbara costumbre arrebatá al Estado en la sola «ciudad de Lao-Ki¹.»

La espantosa carnicería que presenciaron nuestros primeros apóstoles no ha terminado aun. El autor inglés de las *Investigaciones históricas sobre los chinos* habla de ella en estos términos: «Ó las comadronas ahogan á los niños en un estanque de agua «caliente, y se hacen pagar por este bárbaro acto; ó se les echa «al rio, despues de haberles atado algo al cuello que les haga flotar por algun tiempo antes de morir. Los gritos que entonces «dan, horrorizarían la naturaleza humana en cualquier otra parte; pero allí se está acostumbrado ya á ellos, y no causan impresión. El tercer modo de deshacerse de los hijos es el de exponerlos en las calles, por las cuales pasan todas las mañanas «carruajes, sobre todo en Pekin, en los que se ponen los expósitos, y se les va á echar á un foso que no se cubre con tierra, con «la esperanza de que los mahometanos irán á buscar algunos; «pero antes de que pasen esos carros, sucede con frecuencia que «los perros se los comen vivos. No he visto atrocidad semejante, «ni aun entre los antropófagos de América.

«Los Jesuitas aseguran que en el espacio de tres años han encontrado *nueve mil setecientos dos* niños destinados á la muerte; «pero ellos no han contado los que murieron en Pekin bajo los «piés de los caballos ó los mulos, los que fueron devorados por «los perros, ni los que fueron ahogados al salir del seno maternal, ni los de que se apoderaron los mahometanos, ni los de que «se deshicieron en lugares donde no hay Jesuitas para contarlos².»

La misma carnicería se verifica en nuestros días con igual barbarie. Segun cálculos aproximativos, se calculan en setenta mil el número de niños expuestos cada año en los rios del inmenso imperio chino. En esta espantosa muchedumbre no van incluidos los que son ahogados antes ó despues de haber nacido. La imaginacion retrocede con espanto ante semejante estadística. Y sin em-

¹ *Relacion del P. Navarrete*, lib. II, c. 10, pág. 77.

² T. I, pág. 63. Esta obra no es sospechosa de favorecer el Cristianismo.— Véase tambien Torrens, *Reise nach China*, etc.

bargo, á juzgar, ya por el número y la importancia de los testigos que refieren los hechos, ya por el ningún caso que hacen los chinos de sus hijos, estos espantosos cálculos no parecen exagerados.

«Á centenares de miles, escribe uno de nuestros misioneros, se destruyen esas inocentes víctimas. El Gobierno no pone remedio ni obstáculo alguno á esa espantosa costumbre. Todos nosotros nos ocupamos en recoger esos pobres niños. Me los traen con frecuencia por tres francos, seis francos, y con frecuencia por nada, diciéndome que si no los acepto los matarán¹.» Oigamos sobre esto una interesante narracion de un jóven chino convertido hace poco al Cristianismo: «He nacido en 1815. Un mes despues de mi nacimiento mi madre quedó sin leche, y mi padre, teniendo ya dos hijos que le aseguraban la sucesion, rehusó darme una nodriza, bien que su fortuna se lo permitiese. Para desembarazarse de mí, me hizo arrojar á un canal cenagoso situado fuera de la aldea y á algunos pasos del camino. Este proceder de mi padre no debe sorprenderos, porque es comun á todos los paganos de mi provincia. En Chan-si, no solo los pobres, sino tambien los ricos, ahogan á sus hijos cuando tienen mas de dos ó tres. Solo entre los mas ricos de mis compatriotas se encuentra alguna excepcion á esta regla. La suerte de las niñas es mas deplorabile aun. Juzgad por el siguiente ejemplo: He conocido á un hombre que ha ahogado á siete de nueve que Dios le dió.

«Poco despues de haberme echado al canal, pasó un viajero, oyó mis gémidos, bajó del camello, y viendo moverse un niño en el fango, me sacó de él medio muerto, y me llevó á la aldea vecina. «Si hay aquí alguna alma caritativa, gritó de puerta en puerta, que tenga piedad de este niño; sino se muere.»

«Entre aquellos infieles habia una piadosa mujer, modelo de beneficencia. Os citaré tres hechos entre mil, que os darán idea de la bondad de su corazon: sirvió de madre á una niña, expuesta como yo; cuidó en su casa á un paralítico cuya miseria igualaba á su enfermedad; y en fin, adoptándome á mí, me arrancó de las garras de la muerte...

«Á los gritos del viajero, movida á compasion esa buena mujer, dijo á su marido: «Anda á ver si algun vecino quiere recibir ese niño, y si no encuentras ninguno, tráemelo.» Vino en

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 87, año 1842.

«efecto el marido, y como nadie quiso recibirme, me tomó y me llevó á su casa. En ella fui alimentado y educado por mi madre adoptiva hasta la edad de quince años¹.»

Tal es, pues, hoy aun el lamentable estado de la infancia en el mas vasto imperio del mundo. Religion santa, madre universal de todos los hombres, ¿qué no habeis hecho para impedir tantos crímenes, para socorrer tantos infortunios? Hace tres siglos enviásteis á vuestros apóstoles á esas apartadas tierras; ¡y, casi siempre inhospitalarias, los rechazan, los sacrifican, negándose obstinadamente á recibir la luz que fueron á llevarlas! Pero su valor no disminuye, el martirio aumenta su celo. Demasiado pobres para salvar, comprándolos, la vida temporal á esos infortunados niños, se valen de todos los recursos de la mas activa caridad para procurarles la vida eterna. Venden el pedazo de pan, el pan de la limosna, para dar su precio á piadosas mujeres que introduciéndose en las casas, recorriendo las orillas de los rios, administran el Bautismo á los niños abandonados. Conmueve oirlas quejarse tiernamente de la pobreza de su cosecha, ó manifestando con alegría sus esperanzas.

«El número de esos angelitos, escribia no ha mucho uno de esos Vicentes de Paul, que nosotros enviamos al cielo por un bautismo clandestino, no ha sido tan crecido como el del año anterior, aunque se ha trabajado con mas celo. Solo hemos bautizado setecientos setenta hijos de infieles en el artículo de la muerte; á la dificultad de las circunstancias es á la que se debe atribuir esa disminucion. Sin embargo, esa multitud de almas tiernas, salvadas por nuestra sola mision de Pekín, ¿no es ya una bella cosecha? Por otra parte, nuestro antiguo proyecto de introducirnos en el hospicio imperial de Niños expósitos de la capital, ha obtenido un buen resultado: la puerta se ha abierto ante un género de solicitud irresistible en la China: por medio de una suma de cien francos, una jóven cristiana ha conseguido entrar en él, y ha podido bautizar en distintas ocasiones ochenta niños moribundos.

«Hé aquí cómo se puebla ese asilo. Todas las mañanas se dirigen ocho carros tirados por bueyes hácia los ocho cuarteles de la ciudad para recoger los niños abandonados. Los que se hallan

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 69, pág. 453 y sig.

«muertos son llevados al punto al cementerio, y los que viven aun
«son trasladados al hospicio. Generalmente no se exponen los va-
«rones sino cuando son fruto del crimen, ó que padecen de una
«enfermedad incurable. Entonces los supersticiosos padres no
«quieren dejarles morir en su casa, de miedo que su muerte no
«atraiga la desgracia sobre la familia. Se les abandona, pues, en
«la calle para que no sean conocidos. Un cristiano piadoso y há-
«bil, continúa el misionero, me ha prometido hacer que se em-
«plee á los Cristianos en la conduccion de esos carros: esta seria
«una medida muy útil para asegurar la gracia del Bautismo á los
«niños que mueran. Espero obtener mas aun, y conseguir que se
«admitan nodrizas cristianas en el hospicio.

«Parece que poco antes de la revolucion francesa, los misio-
«neros de Pekin habian realizado el caritativo deseo de recoger
«cierto número de esos pobres niños. Os aseguro que con frecuen-
«cia he tenido la idea de emprender de nuevo esta obra, y esta-
«blecerla ya en Pekin, ya en otras grandes ciudades en que te-
«nemos fieles; pero siempre me ha contenido la consideracion
«de los gastos, que no dejarian de ser importantes. Espero aun:
«pero no respondo de no adoptar, como lo he hecho ya, los que
«algunos piadosos cristianos me traen para que les bautice. Des-
«pues de haberos hecho hijos de Dios, no podria resolverme á
«dejarlos perecer de hambre y frio en la calle, y á que se los co-
«miesen los perros. ¡Oh! confio en que la Providencia se apia-
«dará un dia de esos pobres niños, que hallará para socorrerles
«un corazon tierno y paternal como el de Vicente de Paul! Ella
«no ha abandonado los niños expósitos de Europa; ella ejercerá
«tambien igual misericordia con los de la inmensa y desventu-
«rada Asia ¹.»

Digno hijo de san Vicente de Paul, vuestra esperanza no será
vana. La Iglesia católica se ha conmovido á vuestro lastimero acen-
to. Ella es hoy pobre, es cierto, y sus limosnas son grandes, vos
lo sabeis. Pero no importa, el corazon de una madre siempre es
rico. Sacrificará, si es preciso, hasta su último óbolo; pero se sal-
varán vuestros inocentes huérfanos. Á la vida eterna, cuyas puer-
tas les abren vuestras manos, ella quiere añadir la vida temporal

¹ Carta de Mr. Mouly, superior de la mision de Lazaristas de Pekin, 10 de octubre de 1837. (*Anal.* n. 69, pág. 166 y sig.).

y la educacion cristiana. Y hé aquí que un santo obispo, intér-
prete de sus votos y apóstol de la caridad, acaba de levantar el
estandarte de la emancipacion. ¡Tierno é ingenioso pensamiento!
Es á los niños de la Europa católica á quienes confia la noble
mision de redimir los niños de la China. Una ligera, *muy ligera li-
mosna*, una corta oracion, es cuanto pide á esos angelitos de la
tierra, á los que dice en las personas de sus padres: «Hay milla-
«res de niños abandonados cada dia, ahogados, devorados por
«los perros, en la China y en los países idólatras; ¡quién no se
«conmueve á esta sola idea! ¡La naturaleza se subleva! ¡Ella se
«indigna!... Se siente una profunda compasion por esos niños; se
«les ama; el corazon se aflige al sentirse impotente para socorrer-
«les...; se pregunta, se buscan medios para arrancarles á la muer-
«te... Hé aquí precisamente nuestro pensamiento; hé aquí nues-
«tra obra. Sí, nosotros queremos arrancar á la muerte el mayor
«número posible de hijos nacidos de padres idólatras, y puesto
«que se les vende por avaricia, nosotros queremos comprarlos
«por religion, en honra de Dios, por la gloria de su nombre, para
«bautizarlos; queremos asegurar así á todos los que morirán en
«una edad tierna la felicidad eterna; queremos hacer de todos los
«que vivirán otros tantos instrumentos de salvacion, y que esos
«nuevos Moisés salvados por sí propios sean á su vez los salva-
«dores de sus hermanos...

«¡Héles aquí; héles aquí, á esos pobres niños de los cuales os
«rogamos querais ser los padres! Vedles, á pesar de la distancia,
«extender hácia vosotros sus suplicantes manecitas... pidiéndoos,
«no solo la vida en este mundo, sino mas particularmente aun el
«Bautismo... Morirán privados de ver á Dios, si les abandonais...
«¡Morirán á centenares de millares, ahogados, aplastados, de-
«vorados vivos por los perros!... Vivirán, por el contrario, si los
«adoptais... Vivirán *monumentos vivos* de vuestra caridad: vivirán
«creciendo como vuestros hijos, y no cesando de llamar sobre
«ellos y sobre vosotros nuevas gracias por sus oraciones; ó bien
«morirán tambien, y sin duda que en gran número; pero cubier-
«tos de la sangre y de los méritos de Jesucristo, el cielo recogerá
«para vosotros y para vuestros hijos esa rica cosecha de angeli-
«tos. Ellos velarán sobre vosotros y sobre cuanto teneis de mas
«caro, volviendo á tomar parte en vuestras fiestas y en las de

«vuestros hijos... Sí, el ojo de vuestra fe podrá reconocerlos... Os acompañarán en el banquete sagrado, os protegerán en vuestros peligros; en el último día del combate de la vida, os animarán y fortalecerán; vendrán, en fin, á introducirnos en la patria común... y allá, allá mismo donde la felicidad perfecta extingue todos los deseos, aumentarán la vuestra con toda la ventura de que les veréis gozar eternamente ¹.»

Después de las atrocidades de que es objeto la infancia por parte de los que deberían experimentar por ella sentimientos de la más fina ternura, ¿será necesario hablar de las relaciones que unen entre sí á los diferentes miembros de la familia china? Bien que sea fácil adivinarlos, vamos á darlos á conocer. Será menos el cuadro particular de los habitantes del Celeste Imperio, que la historia universal de los pueblos modernos colocados bajo la influencia del despotismo y del sensualismo pagano. Oigamos á los testigos oculares: «Se ha ponderado mucho, dice el P. Navarrete, el afecto fraternal de los chinos y la benevolencia de que se dan reciprocas pruebas. Estas pruebas son solo aparentes. Los chinos tienen una maravillosa habilidad para ocultar su odio por espacio de muchos años; pero cuando se les presenta una ocasión favorable de satisfacerlo impunemente, se entregan con tanto más furor á él, cuanto mayor ha sido el tiempo que lo han ocultado. Sucede con frecuencia que, durante el curso de un proceso, la parte demandada se ahorca para vengarse del demandante y arruinarle; porque cuando se ha ahorcado, sus parientes y amigos se dirigen al juez diciéndole que la injusta persecución del demandante le ha llevado á la desesperación. Entonces todos se ligan contra el demandante; el juez se une á ellos, y no le dejan momento de reposo hasta verle completamente arruinado á él y á su familia ².»

¹ Mons. de Forbin-Janson, obispo de Nancy y de Toul, es el fundador de la *Obra de la santa Infancia* para la compra de los niños infieles en China y otros países idólatras. Todo niño bautizado puede ser miembro de esta Asociación. Se les admite desde la más tierna edad hasta su primera comunión. Paga cada miembro cinco céntimos al mes.

² *Relacion*, etc., lib. I, c. 20, pág. 47.—La China es el país de las intrigas y los procesos, dicen los Jesuitas, autores de la obra titulada: *La Ciencia de los chinos*. «Infinitus litium et litigantium in China hodie est numerus; mille passim tollendi fingendique artes, quibus tribunalia omnia plena sunt.» (Lib. I, c. 12).

El inmóvil chino es hoy aun lo que era hace dos siglos. «No se crea, escribe uno de nuestros misioneros, que la ternura entre por nada en los afectos de familia entre los chinos. Los hijos solo tienen por el padre una veneración legal; los padres quieren á sus hijos por egoísmo. Los consideran como el futuro apoyo de su ancianidad; solo por este motivo temerian perderlos. Lo mismo sucede entre los esposos; están unidos mas bien por interés que por un sentimiento de amor. ¿Cuál es la consecuencia de esto? Que en China las separaciones, y hasta la muerte, son cosas indiferentes. Se habla sin sentimiento en el acto de la muerte, y solo se contristan por las visitas á que el bien parecer les obliga. Me engaño; es cosa convenida tambien que las mujeres lloren; pero derraman solo lágrimas de convención. ¿Se las llama en el momento que parecen mas desconsoladas? «Aguardad, contestan, á que lllore un poco mas á mi marido.» Respecto al esposo, debe conservar la más fría impassibilidad; se consideraría deshonorado si por casualidad se le sorprendiese llorando á su esposa ¹.

«No; los chinos no están sino imperfectamente dotados de las cualidades del corazón. En Europa se conoce la amistad, los lazos que forma, las expansiones que la revelan; pero aquí se ignora este sentimiento: todas las almas viven, por decirlo así, solitarias y concentradas en sí mismas. Se puede aplicar á los paganos que nos rodean lo que san Pablo escribía de los de su tiempo, que son hombres *sin afección, sine affectione* ².»

A la vista de causas de disolución tan activas, preguntase naturalmente; ¿cuál es el lazo que después de tantos siglos sostiene en cuerpo de nación un pueblo privado de cuasi todas las condiciones de existencia social? Después de haber leído la historia de la sociedad romana bajo el Paganismo, os deberéis haber hecho la misma pregunta. La solución es idéntica para Roma y para la China: toda sociedad funda su existencia en la familia; toda familia funda la suya en su jefe. Así, tanto en Roma como en China, la extensión de la autoridad paternal, el respeto profundo, hasta idolátrico, de que está rodeada, es el solo, ó al menos el

¹ Esto recuerda la ley de los romanos que prohibía al marido llevar luto por la muerte de su mujer: el Paganismo es siempre el mismo.

² *Anales de la Propagación de la Fe*, n. 88, pág. 231 y sig.

mas verdadero lazo de la existencia social. De este hecho, comprobado en climas tan diferentes y en épocas tan apartadas, se desprende una grave enseñanza. ¡Pueblos de la Europa moderna, Francia sobre todo, comprendedlo! Una nacion que despues de haber desconocido la autoridad de Dios y la del Príncipe, desconoce aun la autoridad paternal, que la ultraja en sus leyes, que la insulta en sus teatros, que halla circunstancias atenuantes en el parricidio, es una nacion que solo debe aguardar su última hora: le faltan todas las condiciones de vitalidad. Si no se apresura á recobrarlas, perecerá. *Padre y madre honrarás, á fin de que vivas larga vida.* Esta es para pueblos é individuos una ley no menos inflexible que la que condena la tierra á las tinieblas cuando falta el sol. A pesar de su exageracion, el poder paternal es, pues, la áncora de salvacion para el Celeste Imperio; y si no fuese supersticioso, mereceria bajo mas de un concepto sinceros elogios. Los siguientes detalles, que le dan á conocer en sus cualidades y en sus vicios, nos pondrán en estado de juzgarlo.

Entre los deberes impuestos por la naturaleza, el que ejerce mas imperio entre los chinos es el respeto á los padres. El padre es á los ojos del hijo como un dios doméstico; no solo obedece con puntualidad sus órdenes, sino que venera hasta sus caprichos. ¿Disipa sus bienes? Se callan sobre sus prodigalidades. ¿Plácele en su ancianidad contraer segundas nupcias mientras vive la primera? Se recibirá la nueva esposa en la familia como una segunda madre. ¿Quiere castigar á sus hijos injustamente? Ellos se apresurarán á ir por el látigo. «Mi padre lo quiere;» esta palabra es sagrada para un hijo; y por severa que sea la voluntad paternal, la cumple constantemente con la mayor fidelidad. ¿Es preciso morir? Obedecerá también. Los padres tienen en la China el derecho de muerte sobre los hijos que les disgustan, y mas de una vez hemos presenciado ejecuciones tan irritantes.

Esta veneracion á los padres no termina con su vida. Los chinos levantan habitualmente en sus propiedades los monumentos funerarios; es cierto que se empobrecen de esta suerte, y que todo el espacio reservado para las inhumaciones en sus dominios se roba al cultivo; pero sin embargo se prefiere disminuir la extension de los campos á sepultar en tierra extraña los restos de sus abuelos. Estas tumbas son objeto de un culto religioso. En ciertas

épocas del año los padres se hacen llevar allí en un palanquin negro; despues presentan innumerables ofrendas á los manes de los difuntos, que se evocan y se tratan como si aun viviesen. Todo sepulcro consagrado por estas ceremonias es inviolable; cortar uno solo de los árboles que le protegen sería un crimen; y si se denunciase á los mandarines el profanador, se le castigaria al menos con fuertes multas¹.

Dejemos ahora la China en donde hemos recogido una tan rica cosecha de saludables instrucciones y encontrado poderosos motivos de reconocimiento al Cristianismo. Apresuremos con nuestros votos, con todos nuestros esfuerzos el dia en que el divino Sol lucirá sobre esa infortunada tierra. Recordemos estas solemnes palabras pronunciadas no ha mucho por uno de nuestros apóstoles: «Para convertir ese inmenso reino, decia, sería preciso un «Constantino.» Esperemos que la oracion podrá obtenerlo.

CAPÍTULO XI.

Historia de la Familia en Asia. — Corea, Japon.

Hémos aquí en marcha hácia esa lejana region, cuyas temibles puertas osaron franquear á últimos del pasado siglo los intrépidos apóstoles de la fe. Ellos la rociaron con su sangre, y su sangre se convirtió, como en los primeros dias de la Iglesia, en semilla de cristianos. El violento soplo de la tempestad derribó una buena parte de los tiernos árboles, pero quedaron las raíces. Algunos retoños han producido árboles nuevos, y nuestros *celestes* jardineros han partido para ir á cultivarlos. Los pocos detalles que poseemos acerca de esta playa inhospitalaria los debemos á sus cartas.

La Corea, vecina y tributaria de la China, fue como el Celeste Imperio subyugada por los tártaros, y sufrió tambien mas tarde la invasion de los japoneses, que la impusieron un tributo anual de treinta pieles de hombres. Esclava, en fin, de la idolatría, viene á añadir por sus costumbres negros colores al cuadro fiel que de la familia en Oriente hemos trazado. La poligamia, el divorcio, el concubinaje, la esclavitud y la incapacidad de la mujer para poseer, el abandono de los enfermos, hé aquí algunos de los caracte-

¹ *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 88, pág. 229 y sig. año 1843.